

La decisión en la construcción del sí mismo en la adolescencia: los roles de la individuación, de la subjetivación y de la transferencia

Carlos Moguillansky

Introducción

Ante la pregunta por la especificidad del encuadre con adolescentes, la respuesta al problema no pasa, como suele esperarse, por qué tipo de intervención se realiza, sino en qué términos se explora la transferencia y dónde se busca su expresión. Ese enfoque no rompe con la estrategia que busca un encuentro amigable con el interés del joven o lo acompaña en su emancipación de su mundo infantil, pero indica que el centro de la tarea pasa por el trabajo que en él realiza la transferencia, en la vida grupal que transcurre en la intimidad (Meltzer, D. 1973¹). Esta dimensión emocional se expresa generalmente en la ensoñación solitaria, en la emoción que le despierta una experiencia estética o en el contacto con una ética algo exaltada e idealista, pero tiene su manifestación más conspicua en la interacción adolescente en sus grupos de trabajo. En esos grupos -que funcionan en la práctica, pero también en la atribución imaginaria del ensueño- se da un flujo de actitudes que conjugan el conflicto puberal en sus distintos elementos y permiten a sus miembros experimentar los distintos roles de este: el actor, el amo, el espectador, el crítico, el asistente. La transferencia distribuye los distintos roles en esa interacción. Pero ella, tras esa labor, atribuye en silencio un significado personal a la experiencia,

¹Meltzer, D. *Sexual States of Mind*. London. Clunie Press, 1973. Reedited, Karnac, 2008. Es útil distinguir la vida grupal íntima y emocional -donde circula la transferencia- de las manifestaciones de pertenencia a un grupo, tipo masa, cuando el afán de pertenecer prevalece sobre la autonomía y la singularidad emotiva de cada joven.

desde las referencias que cada joven tiene en las huellas de su infancia sexual. La vida grupal -pública e íntima- da el tono de su emotividad y es el escenario transferencial de su debut², si a él se lo entiende como el movimiento de emancipación emocional con el mundo adulto latente. Ese movimiento incluye cambios profundos en su *Yo*, su *Superyó* y en su vínculo con la *realidad* erótica y práctica, que afectan la naturaleza y funciones de esas instancias y modifican las relaciones que ellas tienen entre sí. Como resultado de esa radical transformación -el debut- surge una persona autónoma en su pensar y en su sentir, cuya profundidad emocional está vinculada con la autenticidad del contacto consigo mismo, a través de los lazos que urde y ha urdido la transferencia.

Estamos ante un joven en tránsito, a veces muy abrumado, pero no es menos cierto que él solo espera ayuda frente a su mundo de decisiones. Cuando él opta entre su lealtad a su demanda sexual y su empeño en sostener su cosmovisión infantil, cada vez que elige entre su grupo juvenil y la opinión del mundo adulto, cada vez que rompe con las ideas que sostuvo hace poco, él decide. Y cada vez que decide, debe aceptar el dolor y la perplejidad que eso impone. En la decisión, su aparato psíquico participa como un conjunto y se pone a prueba su solidez, su coordinación e incluso su conflicto interior. En esas circunstancias, la idea de *Yo* no alcanza a explicar los actos en los que él participa, pues decide junto a otras instancias del *sí mismo*, como el *Superyó*, el *Ello* y la *realidad*. Al trabajo de esas instancias se agrega la transferencia: en tanto ella, donde sea que esté, es la herramienta clave para incluir y dar significado a los grandes cambios que él vive en su historia emotiva. Por esas razones, buscar la transferencia es la tarea más importante del psicoanálisis de un adolescente. No la vamos a encontrar en un inicio en la relación con el analista, sino donde ella se manifiesta de un modo natural: en sus relaciones emocionales con su grupo juvenil y en sus sueños. Esas expresiones juveniles ofrecen un lugar, en el que cada joven conjuga, proyecta y explora cada una de las identificaciones, de las matrices emocionales y los vínculos que surgen en su encuentro con él mismo, con su sexo, con sus descubrimientos y hasta con su amarga desilusión. Allí reencuentra el juego, esa práctica que él realizaba en su infancia y que ahora reaparece en ese ámbito algo regresivo, donde él se refugia cuando se aleja de su necesidad banal de pertenecer a un conjunto. En esas condiciones y ante ese tránsito, el psicoanalista sostiene la transferencia, esté donde esté, sin caer en la tentación de movilizarla más allá de donde ella se expresa. De otro modo, el adolescente, siempre alerta ante una intrusión de su

² Moguillansky, C. (2012). Las instituciones latentes y el debut adolescente. *Controversias en psicoanálisis de niños y adolescentes*, 10, 54-70.

intimidad, huirá de nuestro lado y tendrá razón, pues no habremos comprendido la necesidad que él tiene de preservar su mundo. Solo así podremos ser psicoanalistas de ese caso y dar respuesta a su demanda, que necesita ligar en su propia historia lo que él aún no comprende, no sabe nombrar, no sabe siquiera si es parte de él, si es una horrible anormalidad, en fin, aún no sabe... Estar con una persona en tránsito no es compartirlo, solo se trata de sostener la trama que sus sueños urden, que sus sagas y creencias ensueñan y que su grupo juvenil conjuga.

Antecedentes

Diversos autores estudiaron el proceso adolescente a la luz de la individuación (Blos, P. 1965³) y la subjetivación (Cahn, R. 1991⁴, 1998⁵; Lebovici, S. 1997⁶; Green, A. 1988⁷; Wainrib, S. 1994⁸). Las ideas de M. Mahler, -seguidas por P. Blos- sobre individuación adolescente tuvieron eco en nuestro medio en las ideas de Bleger (1971⁹, 1984¹⁰) como un proceso de desimbiotización familiar.

Avenburg definió la identidad sobre el eje de la identificación, en el cruce entre los factores edípicos y sociales (1977¹¹). En su breve texto, no obstante, pone de manifiesto un problema puberal clave, relativo al conflicto entre los deseos de cambio y de mismidad que un joven vive en su proceso adolescente.

En otra perspectiva, en Francia se estudió la subjetivación y se sostuvo la noción de un *sujeto* diferenciado del otro o del grupo (Kaes, R. 1993¹²).

³ Blos, P. *On adolescence. A Psychoanalytic interpretation*. New York, The Free Press. 1965.

⁴ Cahn, R. Rapport au Cinquante et unième Congrès des Psychoanalystes de langue française. Du Sujet. *Revue Française de Psychoanalyse*. Vol. LV, 6 1991.

⁵ Cahn, R. *L'adolescent dans la psychanalyse: l'aventure de la subjectivation*. Paris. PUF. 1998.

⁶ Lebovici, S. Défense et illustration du concept de narcissisme primaire. Les avatars du narcissisme primaire et le processus de subjectivation, *Psychiatrie de l'enfant*, 1997, Vol. 40, N.º2.

⁷ Green, A. *Narcissisme de vie et narcissisme de mort*. Paris. Minuit, 1988.

⁸ Wainrib, S. Changement et subjectivation en analyse, *Bulletin de la Société psychanalytique de Paris*, N.º34, 1994.

⁹ Bleger, J. (1971). La identidad del adolescente. Fundamentos y tipicidad. Relato oficial en el II Congreso Argentino de ASSAPIA. *La identidad en el adolescente*. Buenos Aires. ASSAPIA, 1973.

¹⁰ Bleger, J. *Simbiosis y ambigüedad*. Buenos Aires. Paidós, 1984.

¹¹ Avenburg, R. La identidad en el adolescente: definición. *La identidad del adolescente*. Buenos Aires. ASSAPIA, 1973.

¹² Kaes, R. *Le groupe et le sujet du groupe*. Paris. Dunod, 1993.

La *individuación* supone la diferenciación de un individuo respecto de un conjunto indiscriminado previo. Blos y Bleger postulan un segundo momento de individuación adolescente que repite una primera individuación infantil. El grupo francés priorizó el *proceso de subjetivación* como una institución del sujeto. El primer caso trata la construcción del individuo, que se distingue de los otros y recibe una investidura narcisista autónoma, como resultado del cambio en su *Superyó*. La noción de un *sujeto* remite a una mayor complejidad: este ya no coincide con la persona propia (Freud, S. 1915) y distingue al sujeto del narcisismo *-narzistische Subjekt-* de la persona que ve, es vista, ejerce violencia o es violentada por otro. Las formulaciones sobre el sujeto de Lacan (1960¹³) -como agente inconsciente de la enunciación- no formarían parte de esta discusión, en tanto él no las relacionó con los cambios de la adolescencia. Este punto reviste importancia, pues la adolescencia parece ocupar un papel clave en las transformaciones entre la neurosis infantil y la neurosis adulta. A. Freud (1965¹⁴) sostenía: "*surgió primero el desalentador descubrimiento de una discrepancia entre neuróticos infantiles y adultos... No existen pruebas de que un determinado tipo de neurosis infantil sea el precursor del mismo tipo de neurosis adulta. Por el contrario, existe abundante evidencia clínica que apunta en la dirección opuesta*". Ese *gap* solo puede entenderse con relación a la transformación adolescente que, aun en el terreno de la neurosis clásica de transferencia, impone sustanciales cambios de estructura.

Las teorías de la individuación y la subjetivación son hasta el presente las nociones que mejor explican el proceso adolescente, al describir los cambios en el narcisismo y en la formación subjetiva de un sujeto discriminado de los demás. El rol del narcisismo fue discutido en otro lugar (Moguillansky, C. 2015¹⁵): se lo definió como una defensa que encubre tanto la perplejidad que acompaña al debut como los movimientos de la transferencia, que buscan atribuirle un significado acorde con la historia y el linaje del adolescente.

Wainrib definió el problema de la subjetivación como un fenómeno que se da en la vida cotidiana y en el consultorio psicoanalítico; para diferenciar esto último

¹³ Lacan, J (1960). Subversion du sujet et dialectique du désir dans l'inconscient freudien. *Ecrits*.

¹⁴ Freud, A. *Normality and Pathology in Childhood*. NY. IUP, 1965.

¹⁵Moguillansky, C. Narcisismo en la adolescencia, las razones de su predominio. *Psicoanálisis* - Vol. XXXVII - N.º 1 - 2015 - pp. 31-4.

apeló a la noción de meta-subjetivación (Wainrib, S. 1997¹⁶). Siguiendo el mismo modelo, podemos imaginar que la transferencia realiza su tarea tanto en el consultorio psicoanalítico como en la vida cotidiana de un adolescente y en ambos casos brinda un significado personal al hecho actual.

Debido a la complejidad emotiva del debut adolescente, los problemas que debe resolver la transferencia se multiplican y eso afecta la tarea psicoanalítica de la clínica con adolescentes, obligando al analista a sostener la transferencia de un modo más explícito que en la vida adulta. El ejemplo clínico que brindo a continuación ilustra este punto con claridad. P. Blos (1972¹⁷) describe a un joven de 18 años que consultó por su fracaso académico. Blos indica que eso se debía al freno que él mismo se autoimpuso debido a su temor al descontrol asociado al crecimiento y a la libertad. A pesar de que ese tratamiento se desarrolló dentro de los carriles clásicos de la época -con una frecuencia de cinco sesiones semanales y observancia de la regla fundamental-, Blos manifiesta su disconformidad con el resultado alcanzado. Solo destaca dos hechos de relevancia: la atención del joven en un detalle del techo -una grieta- y el sueño que él relató en su primera sesión: "*Estoy en un restaurante con un amigo. El presidente Johnson entra con su comitiva en un auto negro, modelo de 15 años atrás. Se suponía que yo debía seguirlo en otro auto. No sabía qué pedal apretar ni cuál era el freno. Aparecía mi padre; me daba miedo y huía. Había algo más: una chica se interponía en mi camino y no podía frenar el auto. Se detuvo cuando estaba a punto de atropellarla*".

Blos comprende el sueño como la exposición de su temor a perder el control, en el síntoma que lo trajo a análisis y como defensa ante el temor a su padre. Sus inhibiciones eran medidas de seguridad que interpuso ante su temor al descontrol emocional. Sin embargo, ni esa interpretación ni las que siguieron esa línea surtieron el efecto esperado. La relación idealizada paterna, que buscaba aprobación, era un remedo resistencial, que hoy se describiría como una posición transferencial latente. En esos dieciocho meses no hubo una verdadera expresión de transferencia que diera expresión al conflicto neurótico, sino lo que H. Loewald (1971¹⁸) llamó *transferencia masiva*, que no es clínicamente abordable y que quizás

¹⁶ Wainrib, S. Le processus de méta-subjectivation, *Bulletin de la Société Psychanalytique de Paris*, N.º 52, 1999.

¹⁷ Blos, P. (1972). La epigénesis de la neurosis adulta. *Prácticas psicoanalíticas comparadas en niños y adolescentes*. Buenos Aires. Paidós, 1977.

¹⁸ Loewald, H. (1971). The transference neurosis. *J. American Psychoanal. Ass.* Vol. XIX:54.

corresponda a lo que Meltzer (1992¹⁹) definió como *transferencia preformada*. El temor al descontrol emotivo no había encontrado en ese análisis la ligazón con las huellas inconscientes que le daban sustento.

Tras dieciocho meses de trabajo, Blos dice que recién allí algo cambió, pues, según él, algo del conflicto patógeno entró en la conversación de la transferencia. El paciente empezó a verbalizar sus inhibiciones en sesión y cuando Blos señaló que el joven le tenía miedo, "él reaccionó con auténtico afecto" y ya sin su tono calmo habitual gritó: "*iEso es! Yo no sabía qué estaba diciendo, pero usted sí. Eso nos hace desiguales y eso no lo puedo permitir*".

Es interesante que en ese momento el joven paciente extraña la supuesta simetría que él imaginó en la relación con Blos. El súbito acceso a una lógica de las diferencias lo expuso a una situación que él "*no podía permitir*", pues eso hacía naufragar su defensa narcisista. *Al día siguiente recordó que "un hombre que nunca hablaba" era golpeado por su exasperado compañero*. Más allá de la obvia referencia a Blos, el tema derivó en que él "*nunca había tenido una buena charla con su papá*". Con las diferencias apareció la transferencia edípica hostil junto al deseo de haber tenido con su padre o de tener ahora -en la transferencia- "*una buena charla*".

El joven reaccionó a esta situación transferencial de un modo pensativo y distante: "ahora sus recuerdos tenían un sabor distinto. Antes era agradable recordar... ahora los recuerdos se han vuelto amenazadores y usted se ha vuelto parte de ellos. Usted ve algo que yo no veo. Blos concluye, sin dudas la labor analítica había entrado en un plano diferente y los síntomas tenían un nuevo significado transferencial" (Ibíd:37). Aquí llegamos al punto que promueve mi cita. La evolución de la transferencia da como resultado un cambio cualitativo del significado de sus recuerdos y de su actual experiencia en la sesión. El joven no solo reconoce las diferencias funcionales entre él y Blos; él ahora puede beneficiarse con ellas, y puede usar al analista como un objeto de proyección intermediario entre su fobia infantil y su inhibición actual -en la sesión y en sus estudios- que motivó su consulta. La transferencia no solo ha sido vehículo de su relación con su pasado, es también el instrumento que permite dar un sentido personal a sus experiencias y usar al objeto transferencial como un objeto lúdico con quien jugar su experiencia emocional y, a través de ella, dar significado a lo

¹⁹ Meltzer, D. *The Claustrium: an investigation of claustrophobic phenomena*. Perthshire: Clunie Press. 1992.

actual. Esta es otra manera de pensar la cita de Freud (1940²⁰): "...las neurosis se adquieren en la temprana infancia, aunque sus síntomas pueden aparecer mucho después... los impulsos y reacciones emocionales se activan en esa época, se conservan en lo inconsciente y están listos para perturbar el desarrollo ulterior del Yo, después de la pubertad". Las huellas inconscientes están listas para influir en el desarrollo posterior del Yo, tanto para perturbarlo como para restablecer la ligazón pulsional y emotiva entre ellas y la actualidad y dar un significado personal a la experiencia. El mismo dispositivo psíquico que es eficaz en las neurosis es la mejor herramienta para resolver el conflicto y dar con la vía facilitada entre las huellas infantiles y la experiencia actual. Blois concluye que esa eficacia solo está disponible cuando se dan la consolidación de lo que él llama la neurosis adulta, en la que las relaciones entre las instancias psíquicas logran una nueva configuración.

En nuestros términos actuales eso bien podría ser lo que aquí se define como el debut adolescente, cuando se dan las condiciones para un cambio de perspectiva de la experiencia.

El sí mismo y su construcción en la transferencia

No obstante, al describir la diferenciación de un individuo respecto de sus semejantes, es necesario dar con una noción psicoanalítica que dé respuesta a las complejidades pulsionales y narcisistas que ese estudio comporta. Para ello, es necesario que se distinga las nociones de *sujeto*, *Yo*, *persona* y *sí mismo* como distintas dimensiones en las que, si bien se solapa su extensión conceptual, corresponden a naturalezas y a funciones distintas. Y que al estudiar dichas funciones no es gratuito usar una u otra.

La cuestión del *sí mismo* se hace evidente en el problema de la decisión adolescente (Moguillansky, C. 2017²¹), pues exige la intervención conjunta de todas las instancias psíquicas cuando un joven asume su posición sexual. Ese acto solo es posible cuando se dan las condiciones para que ese radical cambio de conducción ocurra. El *sí mismo -das Selbst*²² define a la experiencia de conjunto de las instancias que toman a su cargo dicha decisión. Aquí lo usaré como una útil noción clínica, que describe la propia experiencia en contraste con lo otro, lo

²⁰ Freud, S. An outline of Psychoanalysis. *Standard Edition*. vol. XXIII. London, Hogarth Press: 141.

²¹ Moguillansky, C. Las condiciones de la decisión. *Psicoanálisis APDEBA*. 2017. Vol. 1/2.

²² El término alemán *Selbst* se traduce como *Self* en inglés y como *sí mismo* en español.

extranjero o como se quiera llamar al contorno ajeno del *sí mismo*. Si bien tiene una cercanía conceptual con la autoimagen, el *sí mismo* rebasa dicha dimensión imaginaria, en tanto es una agencia psíquica e incluye operaciones pragmáticas y retóricas como la decisión y la reflexión. Aunque el *Yo* es definido como la instancia que realiza esa función, no es menos cierto que en ella lo acompañan otras instancias que rebasan su autonomía.

Esto tiene importancia en la adolescencia, en tanto el *sí mismo* permite trazar la transformación que se da a propósito del cambio corporal -fisonómico y funcional- y de las decisiones que surgen en el debut, cuando un joven asume el gobierno de su vida. En esa decisión participan el *Yo*, el *Superyó* y la *realidad*, cuya remodelación es paralela a los cambios en la vida de un joven (Jacobson, E. 1964²³; Moguillansky, C. 2017²⁴).

Como ya se discutió a propósito del caso clínico de P. Blos, la transferencia suma su trabajo a las tareas de individuación y de subjetivación que un joven realiza en su vida adolescente. Si bien se pueden establecer diferencias en cada uno de estos procesos de construcción de una subjetividad autónoma, todas ellas merecen ser tenidas en cuenta.

Otra viñeta ilustrará esos factores. M. Leivi (1995²⁵) presentó hace años un caso que ilustra estas ideas con elocuencia: un joven llevó un hámster a su consultorio en la sesión previa a un viaje. En el curso de la sesión jugó con el hámster hasta que, en un momento dado, el animalito huyó y se escondió debajo de un armario. No hubo forma de rescatarlo durante la sesión y el analista quedó literalmente a cargo de él durante las dos semanas que duró el viaje del paciente. El caso es un ejemplo notable sobre cómo surge, en esa espontánea y azarosa circunstancia, la entrega concreta de un aspecto personal del *sí mismo* que, a partir de ese momento, quedará inscripto en el curso transferencial de la relación. Ese es un punto clave del tratamiento, en la medida en que el hámster pone a Leivi frente a una decisión: él debe hacer algo con eso. Y lo que él decida tendrá consecuencias, tanto para el curso ulterior del tratamiento como para los significados transferenciales que se inscriban en ese joven, dando un sesgo histórico y personal a estos. El hámster será el objeto del juego que entrama los elementos actuales e infantiles de ese joven. Está claro que esa confección es actual y está produciendo una creciente

²³ Jacobson, E. (1964). *The self and the object world*. London. Hogarth Press.

²⁴ Moguillansky, C. *Ibíd.*

²⁵ Leivi, M. Historización, actualidad y acción en la adolescencia, en *Psicoanálisis APDEBA*, Vol. XVII, N.º 3, 1995.

complejidad de significados. No es mi intención desarrollar las ideas de Leivi respecto del caso, sino solo ilustrar de qué manera, a veces sorpresiva, surge la transferencia como un juego de significados que reinterpreta lo infantil a la luz de la interpretación que el paciente y el analista den a ese incidente, reuniendo en un punto -Freud lo llamó intersección de vías del tren- los distintos hilos de significación que concurren allí.

No siempre el analista opera *per via di levare*, solo hace falta que su abstinencia lo lleve al lugar de un rehusamiento amigable, que cuide del hámster y haga saber al joven de su deseo de ser protegido. El analista se ve en la obligación de relevar al joven, antes de revelarle su significado. Los movimientos de relevar y revelar se unen

entre sí íntimamente y corresponden a los dos pasos de la transferencia: la inicial *presentación* de ella, donde el desvalimiento actual se une con el pasado infantil y la virtual *representación* transferencial, que surge después, cuando dicho desvalimiento puede ser representado y pensado. Esos dos pasos son ineludibles, si se quiere hacer justicia al deseo de ganar un significado para lo que aún no lo tiene. El primer paso da un sostén -Bion lo llamaría *contingente* y Winnicott posiblemente hablaría de *holding*- ineludible para contener la ansiedad y el dolor emergentes en esa entrega en transferencia, a la que, como le pasó a Miguel Leivi, incluso hay que darle de comer. Sin ese paso inicial es difícil imaginar que se den las condiciones para pensar y para adjudicar un significado a los hechos. Si bien el segundo paso es el más seguro -y posiblemente por eso, más publicado- el primero resulta en general clínicamente imprescindible. Aquí se advierte mejor la cuestión del cuidado y encuentro de la transferencia, pues ella surge en la compleja relación entre el amigable rehusamiento y la neutralidad de la interpretación. Solo así se dan las condiciones emocionales para una interpretación de la transferencia, que una lo más singular del joven con su perpleja actualidad. Yo no consideraría *acting out*²⁶ al movimiento de *presentación* -expresado por el hámster- pues en él se da a ver lo más genuino de su cooperación inconsciente.

²⁶Giovacchini, P. El paciente adolescente difícil. *La identidad del adolescente*. Buenos Aires. ASSAPIA, 1973: 56.

El texto refleja el espíritu clínico de esa época. El autor considera “*el acting out adolescente como un hecho característico de este período de la vida y tipo de psicopatología que perturba especialmente al tratamiento*”.

Las formaciones de compromiso defensivas

El *sí mismo* tiene una naturaleza doble y contradictoria, en tanto es un ser figurado en una representación única e idéntica y, por otro lado, existe y cambia a lo largo de su vida, en tanto es el actante de sus experiencias, en las que sufre y realiza, padece y ejerce una serie de acontecimientos. Esta doble perspectiva expone a un renovado conflicto, donde los cambios de la experiencia rompen la creencia en la propia unidad y continuidad. Sin la presión de esa ilusión de unidad, carecería de sentido la ansiedad generada por los cambios de la vida: se podría admitir con más naturalidad que incluso el *sí mismo* es el resultado de ellos, pues nada en su vida permanece inalterado. Sin embargo, la creencia en la unidad del *sí mismo* es necesaria para ligar en torno a su síntesis ilusoria los hechos que se suceden a lo largo de la experiencia. El *sí mismo* maneja con cierta ambigüedad esas dos exigencias contradictorias -entre su unidad ilusoria y sus cambios prácticos. Ambas exigencias conviven y producen formaciones de compromiso absurdas o bizarras, (Freud, S.1923²⁷) a favor de la escisión del Yo (Freud, S. 1939, Green, A. 1990²⁸). En algún momento la contradicción es intolerable y el Yo asume el conflicto, altera su forma y reconoce un antes y un después, en acuerdo a la experiencia. Esos cambios ocurren desde la primera infancia, y tienen su punto culminante en la pubertad. Ellos dejan su marca en el Yo -Freud indicó que el Yo es el resultado de su historia libidinal- y en el *Superyó*: esas marcas luego funcionan como un filtro transferencial, que selecciona, colorea y otorga un significado personal a la experiencia actual (Jacobson, E., *op. cit.*). Esta razón impone un problema teórico, pues la estrecha cooperación -a veces conflictiva- del Yo y el *Superyó* exige admitir que hay un deslizamiento conceptual entre las funciones defensivas del Yo y las acciones psíquicas en las que él actúa junto al *Ello*, el *Superyó* y la realidad.

La construcción del *sí mismo* tiene dos fuentes principales: la versión del *sí mismo* que impone otro -como propuesta identificante (Aulagnier, P. 1977²⁹)- y las experiencias personales que surgen en la propia vida. Cada una tiene su propio recorrido, pero en el debut entran en conflicto. Por un lado, la demanda de reconocimiento del Yo impone una dependencia emocional respecto del otro; por

²⁷Freud, S. *Das Ich und das Es*. Wien, 1923. El Yo y el Ello. *Obras Completas*. Buenos Aires. Amorrortu, 1979.

²⁸ Green, A. *La folie privée*. Paris. Gallimard. 1990.

²⁹ Aulagnier, P. *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires. Amorrortu, 1977.

el otro, algunos aspectos del sí mismo se segregan en la síntesis que se realiza al cabo de la experiencia. La lealtad a la propia autenticidad choca con la necesidad de pertenencia y protección que brinda el vínculo con los otros. Este conflicto sin solución le impone al *Yo* una inestable inconsistencia y lo obliga a demandar una ayuda que sostenga su posición. Ella suele venir de la mano de un gesto de reconocimiento que construye su imagen de sí. Ese gesto probablemente surge en el recorte inicial que realiza *otro* con su mirada, su deseo y su impulso a destacar su imagen de las otras. Freud (1914) indicó que ese movimiento se acompaña de una investidura narcisista, en tanto el *sí mismo* recupera como narcisismo al movimiento de deseo o de amor que recibe de los otros.

En la adolescencia, ese conflicto se renueva de un modo crítico, debido no solo al cambio en la fisonomía corporal, sino especialmente a las decisiones que toma el joven en su debut, cada vez que sostiene con sus propias referencias la visión de su mundo y de sí mismo. Ese conflicto tiene sus costos defensivos, pues la ruptura de la representación del *sí mismo*, como una unidad sin fisuras, lo expone a la ansiedad. Esta solo se resuelve con la ayuda de severas medidas y movimientos proyectivos -dentro de sí mismo y con el *otro*- que lo sumen en una experiencia de confusión. En esas circunstancias, las creencias y la vida grupal vienen en su auxilio. El *otro* se presta como un compañero de ruta en ambas funciones. En la vida grupal propone un intercambio de roles y representaciones de sí, donde el conflicto puberal se despliega sin recaer en un autor definido, a cargo de un nosotros incidental, que asume sobre sí mismo el ambiguo peso de la responsabilidad y de la culpa. Y en las creencias, el otro ofrece su semblante para sostener las proyecciones segregadas por la defensa proyectiva. Este punto es clave, pues en la adolescencia la defensa tiene sus tiempos y sus pasos, en relación con el predominio de los procesos de separación y de individuación. Si la separación se anticipa a la individuación, el otro impone una identificación sobre el *sí mismo*, tanto si se ofrece como modelo o como exigencia de pertenencia. Esa imposición obliga a una segregación de aspectos del *sí mismo*, que no comulgan con la identificación y que, por ello, sobreviven escindidos en algún limbo defensivo: sea él una creencia -proyectada o no-, una adicción -a una sustancia, una persona o una actividad- o un síntoma -las dismorfofobias y trastornos alimentarios. Si predomina la individuación, la habitual desidentificación que la acompaña instala una mayor lealtad transferencial a aspectos del *sí mismo* y dicha segregación no ocurre, a favor de la síntesis simbólica que realiza el juego del vivir y la interpretación que allí hace la transferencia, al atribuirle significado a la experiencia. Con el riesgo de un cierto esquematismo, Belmont propuso la siguiente secuencia

de acontecimientos en los ritos de pasaje pensados por Van Gennep (1909³⁰). Esta sería: separación, segregación, diferenciación e integración. Si esa secuencia es usual, se puede suponer que en el inicio del debut predomina la separación y que solo en el final del ciclo predomina la diferenciación. En ese caso, la identificación con los modelos de pertenencia social y familiar predominan en el inicio y recién sobre el final del debut surgiría la necesidad de una mayor lealtad a las demandas personales, especialmente en el orden de la posición sexual. La desidentificación que nutre la reconfiguración de este último paso pone de manifiesto la falacia de las descripciones de género como una imposición social, en tanto la desidentificación que acompaña al debut forma parte del proceso de cambio de cualquier decisión evolutiva. Este aspecto desequilibrante de una crisis -sea que ocurra en la adolescencia o en la adultez- ilustra la puesta en cuestión de los bastiones caracterológicos, cada vez que la necesidad de autenticidad exige sus fueros. La integración final nunca es plena, pues el regreso al grupo primario, del que el joven se separó en el inicio, lo encuentra a él y al grupo de origen radicalmente cambiados.

En este punto agregaré un elemento a las ideas sobre individuación y subjetivación, que enfatiza la interpretación que realiza la transferencia en los hechos sin significado del debut, cuando el joven apela a ella para acceder a su linaje y a su historia. Esa solución requiere tiempo, pues debe jugar con la transferencia los hilos semánticos que unen distintas experiencias entre sí, invertir con ellos la trama entre lo actual y el pasado infantil y dar sentido a lo que aún no lo tenía.

Entretanto, la defensa recurre a medios menos sofisticados, que están a disposición en la emergencia: el *otro* y su variante, el *extranjero*, prestan su semblante para el sostén de una intensa proyección defensiva, cuya naturaleza irracional, surgida en la desmentida de la realidad y en la escisión del Yo, sostiene su argumento defensivo. La literalidad de dicha proyección suele derivar en una creencia fanática y segrega una víctima propiciatoria.

Esa solución francamente patológica surge cuando un joven se defiende de la amenaza de un intruso subjetivo y apela a la literalidad para impedir que el intruso actual dañe la integridad de su *sí mismo* aún en ciernes. En ese caso es llamativa la discrepancia entre la fragilidad de su situación y la aparente firmeza de sus actitudes. El dolor emergente es un vector que se agrega a su fanatismo defensivo e incrementa la literalidad de su posición, aferrada a una letra que puede llegar a

³⁰Van Gennep, A. (1909). *Les rites de passage. Los ritos de paso*. Barcelona. Taurus, 1986.

adoptar un rol sacrificial: inmolarse en favor de una causa ajena o en favor de una causa defensiva familiar o sexual -como suele verse en el trastorno alimentario-. La ceguera defensiva adquiere proporciones fanáticas, aferrada a esa versión monocular y literal de los hechos. La función del pensamiento queda severamente afectada por esas razones emocionales, en camino a un verdadero delirio de opinión, cuya certeza emocional es tan irreductible como la de un delirio psicótico.

Como corolario de ese trastorno del pensamiento acontece la noción del *extranjero*, un ajeno que es declarado como tal, debido a una cualidad ocasional. Esas diferencias -apuntadas como una emergencia del narcisismo de las pequeñas diferencias- son evidencia del peligro identitario, narcisista o sexual, cuando un incidente ocasional despierta un rasgo reprimido o escindido. Como resultado de esa defensa tan extrema surgen las *creencias adolescentes*. Ellas son una formación de compromiso entre la realidad material y la realidad psíquica, que salva con la escisión del *Yo* la contradicción entre sus argumentos. Esas sagas adolescentes suelen ser reprimidas al final de la juventud, pero, si logran ser recuperadas, dan fundamento a la profundidad emocional del adulto. Esas razones explican la larga moratoria de la adolescencia, pues ella debe disponer de mucho tiempo para experimentar e interpretar los aspectos sin significado del debut mediante el trabajo interpretativo que realiza la transferencia.

En los dos casos presentados, las creencias prestaron su concurso. El joven que se trató con Blos usó la figura del analista como un objeto transferencial que le servía para jugar sus temores, hasta tanto ellos pudieran ser remitidos al padre. Nada muy distinto de lo que hizo la Piggie con Winnicott. Y en el caso del joven del hámster, la puesta en escena del animalito ilustra el uso del analista que el joven instala como un medio para desplegar su transferencia con él.

En ese tiempo turbulento, la construcción del *sí mismo* remite más al nosotros que al individuo, pues la presión del *Superyó* obliga a la socialización de la culpa: el debut adolescente se presenta como una respuesta grupal que desafía al *Superyó* infantil proyectado en la institución latente -muchas veces ubicada en el mundo adulto-. El *sí mismo* y el *otro* forman una unidad solidaria que recuerda al "*Fuenteovejuna lo hizo*", de Lope de Vega. El *nosotros* grupal une lo único del grupo con lo diversidad de sus miembros y resuelve la contradicción entre la ilusoria unidad del *sí mismo* y sus cambios en el existir. El conflicto puberal entre el *Yo* y el *Superyó* se despliega en la tensión entre las fuerzas del debut y el sostén de la institución latente: las versiones respectivas -del *Yo* y del *Superyó*- se difuminan en una geografía borrosa, a medias individual, a medias grupal y a medias personal,

a medias proyectada o encubierta en el anonimato de *otro* o de algún *nosotros*. Entre ellos, la transferencia urde su trama.

Resumen

La decisión en la construcción del sí mismo en la adolescencia: los roles de la individuación, de la subjetivación y de la transferencia.

El texto articula las nociones de decisión y debut con la teoría del desarrollo puberal. Se estudian a través de dos viñetas el papel de la transferencia en su doble vertiente de vía regia a lo infantil inconsciente y de herramienta para atribuir un significado propio a la experiencia. En ese trabajo, la transferencia dispone del otro y del grupo como objetos de proyección indispensables para sostenerse hasta tanto su urdimbre realice la ligazón entre el pasado infantil y la experiencia actual. En ese recorrido, la transferencia apela a las sagas adolescentes que se montan sobre las creencias proyectivas como un paso intermedio escindido, en el que lo irracional preserva su integridad hasta tanto sea elaborado y resuelto por la transferencia.

Palabras clave

Transferencia, individuación, subjetivación, adolescencia, debut

The decision making in the building of the adolescent's self: the role of the individuation, the subjectivation and the transference

Summary

The text links the notions of decision making and debut with the theory of puberal development. Two vignettes show the work of transference, in her double role: as a main way to the infantile unconscious and as a tool to gain meaning in the own experience. The transference uses the group and the other people like targets to her unavoidable projection. In doing this work, the transference keeps the integrity of irrational beliefs and emotional patterns, meanwhile she achieves a real link between infantile past and present experience and establishes with them a sustainable working through. The adolescent tales give a scenario to this gain of linking and meaning.

Key words

Transference, individuation, subjectivation, adolescence, debut.

La décision dans la construction du soi-même à l'adolescence: les rôles de l'individuation, de la subjectivation et du transfert

Résumé

Le texte articule les notions de décision et début avec la théorie du développement pubertaire. On étudie à travers de deux vignettes le rôle du transfert dans son double versant de voie royale à l'infantile inconscient et de outil pour l'attribution d'une signification propre à l'expérience. Dans ce travail, le transfert dispose de l'autre et du groupe comme des objets de projection indispensables pour se soutenir tant que son tissu effectue la liaison entre le passé infantile et l'expérience actuelle. Dans ce chemin, le transfert fait appel aux épopées adolescentes qui sont montées sur les croyances projectives comme un pas intermédiaire scindé, auquel l'irrationnel maintient son intégrité tant qu'il soit élaboré et résolu pour le transfert.

Mots clés

Transfert, individuation, subjectivation, adolescence, début.

Bibliografía

- Aulagnier, P. *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires. Amorrortu, 1977.
- Avenburg, R. La identidad adolescente: definición. *La identidad adolescente*. Buenos Aires. ASSAPIA, 1973.
- Bleger, J. (1971). *La identidad adolescente*. Buenos Aires. ASSAPIA, 1973.
- . *Simbiosis y ambigüedad*. Buenos Aires. Paidós, 1984.
- Blos, P. *On adolescence. A Psychoanalytic interpretation*. New York. The Free Press, 1965.
- . (1972). *The psychoanalytic Study of the child. Vol. 27*. La epigénesis de la neurosis adulta. *Prácticas psicoanalíticas comparadas*. Comp. L. Grinberg. Buenos Aires. Paidós, 1977.
- Cahn, R. Rapport au Cinquante et unième Congrès des Psychoanalystes de langue française. Du Sujet. *Revue Française de Psychoanalyse*. Vol. LV, 6 1991.
- L'adolescent dans la psychanalyse: l'aventure de la subjectivation. Paris. PUF, 1998.
- Freud, S. *Das Ich und das Es*. Wien, 1923. El Yo y el Ello. *Obras Completas*. Buenos Aires. Amorrortu, 1979.

- An outline of Psychoanalysis*. Standard Edition, Vol. XXIII. London, Hogarth Press: 141.
- Giovacchini, P. "El paciente adolescente difícil. La identidad del adolescente". Buenos Aires. ASSAPIA.
- Green, A, *La folie privée*. Paris. Gallimard. 1990.
- (1973). *Narcissisme de vie et narcissisme de mort*. Paris. Minuit, 1988.
- Jacobson, E. (1964). *The self and the object world*. London. Hogarth Press.
- Kaes, R. *Le groupe et le sujet du groupe*. Paris. Dunod, 1993.
- Lacan, J (1960). Subversion du sujet et dialectique du désir dans l'inconscient freudien. *Ecrits*.
- Loewald, H. (1971). The transference neurosis. *J. American Psychoanal. Ass.* Vol. XIX :54.
- Leivi, M. *Psicoanálisis APDEBA*, 1991.
- Lebovici, S. Défense et illustration du concept de narcissisme primaire. Les avatars du narcissisme primaire et le processus de subjectivation. *Psychiatrie de l'enfant*, 1997, Vol. 40, N.º2.
- Meltzer, D. *The Claustrium: an investigation of claustrophobic phenomena*. Perthshire: Clunie Press. 1992.
- Moguillansky, C. (2012). Las instituciones latentes y el debut adolescente. *Controversias en psicoanálisis de niños y adolescentes*, 10, 54-70.
- Moguillansky, C. Narcisismo en la adolescencia, las razones de su predominio. *Psicoanálisis - Vol. XXXVII - N.º 1 -2015*.
- Las condiciones de la decisión. *Psicoanálisis APDEBA*. 2017. Vol. 1/2.
- Wainrib, S. Changement et subjectivation en analyse. *Bulletin de la Société psychanalytique de Paris*, N°34, 1994.
- Le processus de méta-subjectivation. *Bulletin de la Société Psychanalytique de Paris*, N.º52, 1999.
- Van Gennep, A. (1909). *Les rites de passage. Los ritos de paso*. Barcelona. Taurus, 1986.